



Gregorio VII; el hijo de un criado inglés, el papa Adriano IV; un pastorcillo, el papa Sixto V. Para el reclutamiento de esta magistratura santa, se han cumplido los deseos de Platon. Este quería que se dedicaran desde su primera edad á aquellos á quienes Dios parecia haber destinado para ello (1); ahora bien: la Iglesia admite, sin distincion de nacimiento, á cualquiera que ha recibido de Dios la aptitud y la vocacion. Él deseaba que los futuros celadores ó pastores, porque así les llama más de una vez con este nombre, fuesen educados con un cuidado especial (2): la Iglesia les educa con todo el cuidado posible en los Seminarios. Esto es lo que él exigia como lo principal; esto es lo que ellos conocian perfectamente como un bien eterno, inmutable, el bien supremo, Dios, en una palabra, y su celeste gobierno, para conformar á este divino modelo el gobierno de la tierra, que aplicaban de tal suerte á las cosas divinas, y que divinizaban tanto como le es posible al hombre, estas son sus palabras (3), añadiendo que no habria jamás salvacion para el mundo en tanto que los filósofos no le gobernasen de este modo, ó que los que le gobernasen no fuesen sino de esta clase de filósofos (4). Ahora bien: ¿dónde se ha trabajado más para formar semejantes magistrados, sobre todo con tanto celo, que en el reino de Cristo? Él deseaba, en fin, que estuvieran exentos de todo cuidado doméstico, libres de toda afeccion particular, á fin de que todas las potencias de su alma se consagrasen completamente al bien comun de todos.

La cosa le parecia tan importante, y al mismo tiempo tan difícil, que en su *Tratado de la república* va hasta proponer un medio contra naturaleza, la comunidad de mujeres y de niños; medio que él mismo cree impracticable, puesto que no ha dicho una palabra en su *Tratado de las leyes*. Ahora bien: esto que Platon miraba á la vez como necesario y como imposible, la Iglesia católica lo ha realizado por un

(1) Ibid., lib. III, pág. 319 y sig.

(2) Ibid., lib. II y III.

(3) Ibid., l. V y VI, págs. 71 y sigts.

(4) Ibid., lib. VI y VII, págs. 100, 104.

medio, no contra naturaleza, sino sobre la naturaleza, por el celibato religioso.

Este filósofo no desconocia la extrema dificultad que él tendria para conducir al género humano á este estado de perfeccion, y pone más abajo una alegoría tan bella, que no podemos menos de citarla toda entera.

«Para mejor concebir nuestra naturaleza bajo el beneficio de la instruccion ó de la ignorancia, dice él, haceos esta comparacion: Figuraos una habitacion subterránea en forma de caverna, teniendo una entrada muy larga, que se abre á la luz en toda la extension de la habitacion. Allí hay gentes ya de alguna edad, con la espalda vuelta á la luz, de tal manera encadenados por los piés y por el cuello, que están completamente inmóviles y no ven más que lo que está delante de ellos. Detrás, pero á lo lejos, hay suspendido un hachon encendido. Entre este hachon y los hombres encadenados hay un camino, algun tanto elevado, que circunda del lado de la caverna un parapeto á la altura del hombre. Detrás de este parapeto, pasan otras personas llevando sobre la cabeza todo género de utensilios, que rebasan el parapeto; entre otros, estatuas humanas, de animales, de madera ó de piedra de todas las formas. En medio de estas personas, como puede imaginarse, los unos hablan, los otros no dicen nada. Imágen extraña, se dirá, extraños prisioneros. Sin duda, dice Platon, pero estos prisioneros se nos parecen. Forzados á tener toda su vida la cabeza inmóvil, ¿qué ven sino sombras proyectadas por el fuego colocado en el opuesto lado de la caverna! En cuanto á los objetos que se trasforman, ¿ven ellos algo más? Y cuando el eco de la voz de los que pasan choca contra el fondo de su subterráneo, ¿no se imaginan ellos que este que habla no es otro que la sombra, y que, en fin, no hay nada de real más que las sombras de los utensilios? Tal es, segun Platon, la prision de los hombres en este mundo.

¿Cuál será el método más conveniente para desatar sus cadenas y sacarles de sus errores? Si se les desataba y obligaba súbitamente á levantarse, á volver la cabeza, á mirar y andar del lado de la luz, se les haria mal á causa de



la claridad del hachon, y no podrian mirar las cosas que veian primero en sombras. ¿Quién les aseguraria en ese momento que no habian visto hasta allí más que sombras, y que al presente estaban más cerca de la realidad? ¿No estarían, pues, perplejos y confusos? ¿no pensarían más verdadero lo que veian antes que lo que al presente se les mostraba? Si se les obligaba á mirar la luz misma, ¿sus ojos no padecerían? ¿no huirían para volverse hácia las sombras, que creerian mucho más claras que las que se les enseñaba? En fin, si de allí se les saca á la fuerza por parajes rudos y escarpados, sin darles descanso hasta que se les haya colocado á la luz del sol, ¿no se afigirán de ser arrastrados de tal suerte? Y por último, colocados á la luz, sus ojos deslumbrados ¿podrán ver algo de lo que los hombres tienen por verdadero? Sin duda alguna que no, porque el cambio operado es muy repentino.

Para ver las cosas que están en lo alto, es preciso acostumbrarse poco á poco á mirarlas; el cautivo salido de su oscuridad mirará al punto con más facilidad las sombras, despues las imágenes de los hombres y de otros objetos en el agua, en seguida estos objetos en sí mismos, posteriormente el cielo de noche con la luna y las estrellas, y últimamente el sol durante el dia. ¿No se considerará él mismo feliz, no tendrá él mismo compasion de sus compañeros antiguos, de su pretendido saber, de su sistema, su naturaleza, y la marcha de las sombras, de la gloria que algunos se atribuian de ser más hábiles que los otros?

Mas si despues de recibir de un golpe todo el resplandor del sol vuelve al fondo de la cueva, ¿sus ojos no entrarán anegados en las tinieblas? Y si en este mismo momento es necesario distinguir las sombras y disputar con aquellos que han estado siempre atados, ¿no les hará reír? ¿no le contestarán que la única ventaja que ha tenido en su salida ha sido el traer los ojos echados á perder? ¿No le dirán que jamás intentarán salir, y que conviene matar á cualquiera que pretenda desatarles y hacerles subir para ver lo que pasa en lo alto?

Pues bien: la prision en este universo visible; el hachon suspendido en el aire, es el sol.

El hombre que trepa á lo alto y que considera las cosas superiores, es el alma que sube á la region inteligible para contemplan allí el Bien Supremo, causa de todos los bienes; el Maestro, el Padre, el Criador, que debe necesariamente conocer todo el que quiera proceder prudentemente bien, con relacion á sí mismo, ó bien para con el pueblo (1).

Hé aquí lo que dijo Platon. Ciertamente que será tachado de recopilar en una bella alegoría lo que nos enseña la Escritura sobre la profunda degradacion del hombre, sobre las cualidades del Redentor, sobre la necesidad de estudiar para ser útil á sí mismo y á los demás. En efecto, ¿qué no se vé allí? El género humano desde su origen asido á las sombras de la muerte, encadenado con las ligaduras del pecado, colocado de espaldas á la luz, no viendo en este dia de eterna noche más que sombras. Esta poca luz viene aún de Aquel que es la luz del mundo, que alumbrá á todo hombre que viene á Él, que luce hasta en las tinieblas, y que las tinieblas no le comprendieron.

Esto que Platon creía debía hacerse, lo hizo Dios *ab aeterno*. No arrastra al hombre bruscamente de las tinieblas á la luz; le desata desde luego, le hace considerar más atentamente las sombras que pasan, despues las imágenes de las cosas, posteriormente las cosas mismas, y por último el sol que las hace visibles. El Verbo esplendor del Padre, sol de justicia y de verdad, no esparcirá súbitamente sus rayos de luz que deslumbren por todas partes en la Iglesia católica; se hará preceder por una dulce y lenta aurora, que crecerá insensiblemente de la noche al pleno dia. Esta aurora será Moisés y los profetas; comenzará en el Sinai y durará hasta el Tabor, donde en la persona de Moisés y de Elías vendrá á reunirse al sol de justicia, que desde entonces resplandecerá solo.

Tal es en este conjunto progresivo lo que debemos considerar; todo lo que hemos visto y vemos y veremos: la creacion del mundo, la caida del hombre, la promesa de un Redentor,

(1) *De repub.*, lib. VII, *ab initio*. Sobre las relaciones entre Dios y el sol; véase lib. VI, páginas 118, 121.





hasta el juicio final. En este conjunto, sobre todo, hemos de estudiar al pueblo hebreo y la ley que Dios le dió; pueblo de un lado sumergido en los pensamientos terrestres como los prisioneros de Platon en su antro, ley que no era más que la sombra de los bienes celestiales, y aun su imágen real; pueblo y ley que eran durante este tiempo para el resto del mundo una lámpara luminosa en un lugar de tinieblas, y preparando al género humano á la aparicion del gran día. Estas son las ideas de San Pablo y San Pedro, que se concilian maravillosamente con las ideas de Platon. De esta suerte considerado, todo se comprende en este pueblo y en esta ley: lo que hay de terrestre y de celeste, de imperfecto y de perfecto; lo que hay de humano, lo que hay de divino. Las mismas murmuraciones de este pueblo escogido, sus castigos, su larga y última reprobacion, en lugar de ser un escándalo, vienen á constituir una instruccion saludable al mismo tiempo que terrible.

Cuando Dios ha librado una alma de la esclavitud del pecado, no la conduce inmediatamente á la tierra prometida, al cielo; la hace pasar á través de pruebas, donde los consuelos están mezclados con las penas, y las penas con los consuelos. Además, en todo hombre convertido á Dios, hay dos hombres: el antiguo y el nuevo; ó mejor aún, hay tres; en el hombre viejo hay ya dos, los sentidos y la razon (1). El hombre sensual ó carnal, se inclina á vivir únicamente segun los sentidos y la carne, casi lo mismo que el bruto: el hombre intelectual, razonable, el hombre humano, tiende á vivir segun la razon natural, segun el hombre, sin elevarse más alto; el hombre nuevo, el hombre espiritual, el hombre divino, vive segun la razon sobrenatural, segun la fe, segun Dios. Estos tres hombres constituyen un todo armonioso; los sentidos están perfectamente sometidos á la razon, y la razon á Dios; pero para llegar allí es necesario emplear grandes esfuerzos. Los sentidos se rebelan contra la razon; la razon,

(1) Véase una imágen análoga en Platon: *De Repúb.*, lib. IX, págs. 274-275, t. VII.

débil de suyo, se deja frecuentemente arrastrar por los sentidos contra la fe, contra la gracia, y experimenta algunas veces desfallecimientos. El Dios Todopoderoso y Misericordioso: hé aquí la única esperanza.

Así va á suceder en el pueblo hebreo. La inmensa multitud de toda clase de extranjeros que se ha unido á él, nos representa la parte carnal del hombre, los sentidos, las pasiones, tan numerosas y tan variadas; de esta es de donde se levantaron las murmuraciones y sediciones. El pueblo de Israel propiamente dicho, los descendientes de los patriarcas, nos representa la parte racional y humana; es superior á la otra, pero todavía poco constante y dejándose dominar fácilmente por la primera. Moisés y Aaron, con los setenta ancianos, representan la parte sobrenatural y divina del hombre, la que está en comunicacion con Dios y debe dirigir todo lo demás. Veremos allí la fe, el celo, la caridad, mezcladas todavía con algunas imperfecciones. A este pueblo figurativo es á quien Dios va á poner á prueba, como él mismo nos lo dice.

Desde las orillas del mar Rojo, en donde se habian reunido los despojos de los egipcios absorbidos, Moisés condujo á los hijos de Israel al desierto del Sur. Marcharon durante tres dias sin encontrar agua; la que al fin encontraron era amarga, como la que se encuentra con frecuencia en este desierto y en los de Africa. El pueblo murmuró contra Moisés, diciendo: «¿Qué beberemos?» Pero él clamó al Señor, que le mostró un leño, le arrojó en el agua y fué endulzada. Este lugar recibió el nombre de Mara, ó Amargor. Allí Dios puso á prueba al pueblo, diciendo: «Si oyes la voz del Señor tu Dios, y si haces lo que es recto ante Él, y obedeces sus mandatos, y observas todos sus preceptos, no enviaré sobre tí ninguna de las calamidades con que castigué á Egipto, porque yo soy el Señor, tu médico (1).» Este título no debia parecerles extraño, porque se habia revelado á ellos como el médico más admirable, no solamente endulzando las aguas por la virtud secreta de un le-

(1) Exodo, 15, 22 26.



ño, sino, sobre todo, porque entre todas las tribus no habia entonces un enfermo (1). Vinieron despues á Elim, en donde habia doce fuentes de agua viva y setenta palmas, y acamparon cerca de las aguas (2).

Este leño que endulzó las aguas amargas, figuraba el madero de la cruz; estas doce fuentes del desierto, los doce apóstoles que regaron con la doctrina celeste las áridas playas de este mundo; las setenta palmas, á los setenta ó setenta y dos discípulos que, renovándose de siglo en siglo como las palmas, debian ofrecer para siempre á todos los pueblos los frutos de la vida eterna. Tal es, por lo ménos, el común sentir de la mayor parte de los Padres y de los intérpretes (3).

Partió de Elim toda la multitud de los hijos de Israel y fué al desierto de Sin, que está entre Elim y Sinai, el décimoquinto día del segundo mes. Como habian salido de Egipto el día 15 del mes precedente, hacia un mes entero que vivian de las provisiones que habian traído consigo y de lo poco que pudieron encontrar en el camino. Pero consumidas estas provisiones, se dejó sentir el hambre en todos, hambre irremediable en este horroroso desierto. Murmuraron, pues, en general todos contra Moisés y Aaron, y les dijeron: «¡Ojalá hubiésemos muerto por mano del Señor en la tierra de Egipto, cuando nos sentábamos cerca de las ollas de viandas y comíamos pan hasta la saciedad! ¿Por qué nos habeis traído á este desierto, para hacer morir de hambre toda esta multitud?»

Al punto el Señor anunció á Moisés que les enviaria carne y haria llover pan del cielo. Moisés y Aaron les comunicaron estas palabras, echándoles en cara su conducta: «¿Por qué somos nosotros? Vuestras murmuraciones no son contra nosotros, sino contra el Señor.» Hablaban todavía y les invitaban á todos á que se aproximasen, cuando la gloria del Eterno apareció en la nube, y á la vista de toda la multitud, el Señor habló á Moisés, diciendo:

(1) Eccli., c. XXXVIII, v. 5, ps. 104-37.

(2) Exodo, 15, 27.

(3) Véase á Tirino.

«He oido las quejas sediciosas de los hijos de Israel; díles: Por la tarde comereis carne, y por la mañana os hartareis de pan, y sabreis que yo soy el Señor vuestro Dios.»

Y en la misma tarde subieron codornices y cubrieron todo el campo, y por la mañana el rocío se esparció en las inmediaciones, y cuando levantó apareció sobre la superficie del desierto una cosa pequeña y granulenta como la escarcha blanca sobre la tierra. Lo cual visto por los hijos de Israel, se decian entre sí: «Manhu,» es decir, ¿qué es esto? Porque no sabian lo que era. Moisés les dijo: «Esto es el pan que el Señor os ha dado para que comais.»

Al mismo tiempo les mandó que cada uno por su parte amasase tanto como podia comer, una medida ó gomor para cada persona de la casa. Ellos recogieron, unos más, otros ménos; pero cuando se les midió, todos tenian cantidades iguales. Moisés les dijo tambien que no reservasen nada para el día siguiente. Los que á pesar de esto lo verificaron, encontraron en él gusanos y corrupcion.

Desde este tiempo amasaban todas las mañanas, y con el calor solar el maná se fundia. En el sexto día amasaron el doble; todos los principales de la multitud fueron á anunciarlo á Moisés. Y les respondió: «Esto es lo que el Señor ha dicho: Mañana es sábado, el reposo consagrado al Eterno. Haced hoy todo lo que tengais que hacer, coced todo lo que tengais que cocer, y guardad para mañana por la mañana lo que reservareis hoy.» Hicieron lo que Moisés les habia mandado, y el maná no se corrompió ni los gusanos se apoderaron de él. Moisés añadió: «Comedle hoy, porque es el día de reposo en honor del Señor; hoy no se encontrará en el campo.» Algunos del pueblo salieron, sin embargo, el sétimo día para recogerle, pero nada encontraron. El Eterno dijo sobre esto á Moisés: «¿Hasta cuándo rehusareis guardar mis mandamientos y mi ley? Considerad que el Eterno os ha dado un día de reposo; y por esto os concede el sexto día alimento para los dos días; que cada uno permanezca en su casa y que ninguno salga de su lugar el sétimo día.» Y el pueblo descansó en adelante en este día.

El maná era parecido al grano de cilantro,